

— Démonos priesa.

Y yo me di tanta, que al cabo de unos cuantos minutos salíamos de la casa, teniendo que saltar por encima del cadáver de Thomaso para poder pasar.

Hacia una noche muy oscura, y era menester que cuando amaneciese, estuviésemos ya muy lejos de la ciudad.

Chinela conocía mas de un escondite y tenía mas de un amigo ó de un cómplice en la campiña de Nápoles: esperaba poder escaparse fácilmente de las garras de los esbirros.

Ademas, que la Monna y Thomaso no gozaban de gran reputacion con la policía para que esta no se felicite ocultamente de verse desembarazada de ellos, y se diese mucha priesa por buscar al matador de ellos.

De este modo pudimos pasar, sin ser molestados, la frontera de los Estados romanos, marchando Chinela á pié y yo montada en un horriquillo que él conducía por el ronzal, como un honrado labrador que va al mercado.

Desde allí, como Chinela había encontrado el dinero que la Monna ahorraba á costa suya, nos embarcamos para Francia.

Tan luego como llegamos á Marsella, mi patron empleó los últimos dineros que le quedaban en construir el teatro de lienzo rayado del signor Polichinela.

Daba representaciones al aire libre, en las encrucijadas y en las plazas.

Y Mistigris, que era entonces pequenito y hacia mil monadas, servía de compadre, y yo hacia la colecta.

Encontraban los *lazzis* y charla de Chinela muy originales; á mi me decían que era guapa, y hacíamos fortuna.

Ese fué el tiempo mas dichoso de mi vida.

Pero Chinela tenía una idea fija: la de venir á Paris.

¿Por qué? Eso no me lo decía; pero yo adivinaba, sin embargo, que era á causa de mí.

Algunas veces me miraba de una manera extraña, y murmuraba entre sus dientes:

— Con tu aire simple, Pippione, harás quizás algun dia la fortuna de ambos.

Luego que reunió algun dinero, compró un caballo viejo y un carricoche de saltimbanquis, y echamos á andar para recorrer la Francia.

La Pippione se quedó pensativa, y luego prosiguió:

— Os decía hace poco que con vuestra historia de la niña Blanca habiais despertado por la primera vez, en mi imaginacion, visiones singulares.

Pues bien, me equivocaba, porque ahora recuerdo que durante ese viaje con Chinela había tenido ya todas esas visiones.

¿Era porque la Monna acostumbraba á llamarme « perra francesa? » puede ser; pero lo cierto es que, en efecto, me parecía que, al fin, me hallaba en mi patria verdadera, y á medida que nuestro vehiculo iba rodando hacia el norte, yo me sentía mas contenta y dichosa como si volviese de un largo destierro.

Aquellos paisajes que yo veía por primera vez me eran tan familiares, que muchas veces, al llegar á la revuelta de

un camino, yo me divertía en cerrar los ojos para hacer una prueba.

— Veamos si me acuerdo, me decía. Ahora vamos á encontrar esto y aquello, un bosque á la izquierda, unas ruinas á la derecha, un pueblo rodeado de árboles en el fondo de un valle.

Y en efecto, hallábamos todo como yo lo había imaginado, y en el sitio mismo: el pueblo en el valle; á la derecha las ruinas; y á la izquierda el bosque.

Yo le dí cuenta de estas extrañas impresiones á Chinela, dos ó tres veces, y cada vez no hizo mas que sonreirse con aire misterioso.

Pero cada vez tambien dando chasquidos con su látigo y arreando al pobre caballo, gritaba:

— ¡A Paris, á Paris!

¡Ah! demasiado pronto llegamos... Paris es la miseria, los dias sin pan, las noches heladas sin lumbre, los groseros insultos de los transeuntes y la silba de la chusma.

Durante los primeros dias, Chinela no hizo mas que pasearse, y recorrer los barrios ricos sobre todo; pero por la noche volvía cada dia mas taciturno y triste.

Nuestros fondos se iban agotando. Un dia volvió á casa borracho.

Paris es tambien la embriaguez... la embriaguez por el aguardiente que vuelve á las gentes malas. Muchas veces, y como haciéndome responsable de sus esperanzas frustradas, cuando yo, ¡pobre de mí! hasta ignoraba de qué especie eran estas, ni en qué las fundaba, me miraba con los ojos inyectados de sangre; y estremeciéndome yo entonces, me acordaba de la Monna y de Thomaso.

Ya no me decía ahora: « Tú nos harás ricos, Pippione », pues era, sin duda sobre mí, sobre quien había edificado sus castillos en el aire y fundado sus esperanzas, y me tenía rabia al ver que no llegaban á realizarse.

Una sola vez volvió á casa sin estar borracho, sano de cuerpo y con la cabeza despejada, casi alegre. Aquel dia había estado en la plaza de la Bolsa: me abrazó casi con cariño y me repitió la famosa frase:

— ¡Eh, eh! Pippione, tú nos harás ricos con tu aire de simple.

Pero al dia siguiente, despues de haberlo pasado todo entero fuera de casa, volvió mas borracho que nunca y mas desanimado.

Lo restante de la historia de Blanca, ya lo sabeis... pero el fin de ella, ¿quién podrá decirlo?...

La Pippione se había vuelto á dejar caer en su lecho, y con los ojos cerrados, fatigada y rendida por el grande esfuerzo que acababa de hacer, hablaba á media voz como soñando:

— Al fin del cuento, decía, se ve siempre venir al hada con su varita de cristal, y los andrajos desaparecen, la choza se convierte en palacio, y el monstruo en un hermoso príncipe.

Y yo veía á la niña Blanca ya al fin de sus trabajos, estrechada entre los brazos maternales y sonriéndose con el libertador del cuento.

Pero ¡ah! yo me engañaba; el hada no ha venido, la encantadora no vendrá...

Despues se fué amortiguando su voz, extendió sus brazos, y sus manos se alargaron suavemente sobre el blando edredon.

Se había quedado dormida.

Enderezándose entonces en toda su altura, madama Lamouroux se acercó al lecho y se puso á contemplar con avidez y con pasion el pálido rostro de la niña adormecida.

Volviéndose en seguida hacia José, le hizo señas de que la siguiera, por medio de un ademán imperativo.

El cuarto quedaba ahora sumido en una media oscuridad, en la que el hogar de la chimenea que se iba extinguiendo arrojaba, de vez en cuando, un resplandor vago y fugitivo.

La Pippione murmuraba en su sueño:

— El hada, la buena encantadora no vendrá.

Y volviéndose desde el umbral de la puerta, madama Lamouroux, que se disponía á salir, respondió:

— Puede ser que sí...

XVIII

LOS DISFRACES.

Tan pronto como madama Lamouroux, seguida de M. José, se encontró sola con él en un cuarto inmediato, dió rienda suelta á todos los sentimientos de su alma que se había esforzado en contener durante la escena que acabamos de describir en el anterior capitulo.

Y volviéndose hacia el jóven, le preguntó con una voz breve y acentuada:

— ¿Es mi hija? ¿Sabeis acerca de ella algo mas que lo que acaba de decirnos? Sí, ¿no es verdad? porque si vos no lo supiéseis ¿habriais manifestado una insistencia tan grande para hacérmela recoger?...

Todas estas preguntas se sucedían unas á otras con la mayor rapidez y eran hechas con la mayor viveza é impaciencia, sin dar tiempo á M. José para responder á ninguna de ellas.

— Sí, sí, creo haberos comprendido. Teniais miedo de mi emocion, y por eso habiais empleado esa piadosa mentira. Al principio me habiais dicho: « Es una ilusion de maternidad lo que yo os ofrezco. »

¡Oh! pero yo he adivinado: era una maternidad real y verdadera. La Pippione es mi hija, vos lo sabeis y lo sabiais.

¡Ah! José, no temais mi debilidad, ¿no os he dado pruebas hace largo tiempo de que tengo valor? Una palabra, una sola palabra que me vuelva mi hija por completo.

— ¡Ah! murmuró José.

Por un momento tuvo la idea en su mente de mentir, y la mentira le asomó á los labios, por piedad; pero no tardó en rechazar semejante pensamiento como indigno de él y de Elena.

— No sé nada mas que vos, dijo con firmeza. Hace mucho tiempo que me había llamado la atencion la extraña coincidencia de suerte que había entre vuestra hija y la Pippione, pero no le daba mas importancia que á la de un capricho de la casualidad. Hoy, sin embargo, empiezo á creer que esto sea una combinacion de la Providencia.

— ¿No es verdad? ¿no es verdad? exclamó frenéticamente madama Lamouroux, adhiriéndose con ardor á esta frágil esperanza, ¿no es verdad que es mi hija? ¡Oh! José, ¡qué hermosa es! Acabo de mirarla bien mientras dormía, y se parece á Jorge: ¿dudais de ello, José? pero una madre ¿puede ella dudar?... Os juro que es Blanca, Blanca que el Señor misericordioso me devuelve al fin, ¿no es verdad, José? Decídmelo, decidme que es ella.

Y con el gesto, con la mirada, con la voz se lo rogaba.

— Lo espero así, pero ¿quién podrá afirmarlo sino Matifay y quizás Chinela tambien?

Matifay, de seguro, no hablará, y Chinela, tal vez, no sabe sobre el particular mas que lo que la niña nos ha dicho.

Grandes probabilidades en abundancia, pero certidumbres ninguna. Y lo que nos seria necesario tener, pobre alma turbada, es una certidumbre.

Ella no le escuchaba ya y se envolvía apresuradamente en una capa oscura.

— ¿Qué vais á hacer? la preguntó M. José sorprendido.

— ¿Lo que voy á hacer? á buscar á Chinela: le interrogaré, le haré decir todo lo que sepa, y preciso será que me responda.

— ¿A estas horas? insistió José.

— ¿Qué importa la hora? Es menester que yo lo encuentre, que lo vea en seguida; una noche mas, pasada en esta incertidumbre, me volvería loca.

— Vamos pues, dijo José.

Y cubriéndose él tambien con una capa, ofreció su brazo á madama Lamouroux.

Eran cerca de las diez de la noche.

El gentío que circulaba por los bulevares era inmenso y apiñado.

M. José mostró aquella muchedumbre á madama Lamouroux con un gesto que quería decir:

— ¿Cómo es posible hallar á un hombre en esta confusion?

Conocía perfectamente las costumbres del bailarín de muñecos para saber que era inútil el ir á su casa á aquellas horas.

— Busquemos, respondió madama Lamouroux con tono breve.

— Entonces no nos queda mas recurso que hacer la ronda

de las tabernas habituales que frecuenta, respondió M. José con sumisión, y esto será algo largo.

Madama Lamouroux se encogió de hombros con impaciencia, y dijo:

— ¿Qué importa, si al fin llegamos á encontrarlo?

— Bueno, respondió M. José, que comprendió serían inútiles cuantas objeciones se hiciesen contra semejante resolución. Empecemos por el *café de los Bandidos*.

El *café* estaba casi desierto; no había en él mas que M. Gosse, que se estaba preparando un *grog* en toda regla, en el cuarto bajo.

Por lo visto, el buen Gosse salía de sus casillas.

M. José preguntó por Chinela á uno de los mozos del *café*, que le dijo conocía al tal Chinela perfectamente, pero que hacía tres semanas que no le veía.

M. José ajustó la cuenta de los días mentalmente, y halló que justamente aquel tiempo coincidía con el número de días del rapto de Ursula y de la desaparición de la Pipione.

Durante esta conversacion, madama Lamouroux se quedó esperando á la puerta del establecimiento, y no podía disimular su impaciencia.

— ¿Quién sabe? le dijo José al volverse á reunir con ella para darle cuenta del mal resultado de este primer paso, quién sabe á dónde nos conducirán nuestras pesquisas?... Sería mejor que me las dejáseis hacer á mi solo, Elena.

Pero la pobre madre azorada é inquieta estaba dominada por una idea mas fuerte que su razón, y miró á M. José con una expresión tan suplicante, que este añadió en seguida:

— Vamos, pues, ya que tanto lo deseais, pero permitidme que tome antes algunas precauciones indispensables para esta expedición, que tal vez no esté exenta de riesgos, haciéndola en vuestra compañía.

Madama Lamouroux, de quien se había apoderado un gran abatimiento, después de su exaltación, inclinó suavemente la cabeza y contestó:

— Haced lo que querais, con tal de que consigamos encontrar á Chinela.

M. José se acercó á un farol, desgarró una hoja de su cartera y á la luz vacilante de aquel farol escribió estas líneas:

« Esta noche, á la calle Rambuteau, dentro de una media hora, tú con un coche de alquiler de los que hacen el servicio fuera de puertas. Luis con blusa, como en otro tiempo. Muy urgente.

» José. »

Este lacónico billete estaba dirigido á M. Clemente, joyero, bulevar de las Capuchinas.

En razón á lo poco adelantado de la hora, llegaría á su destino antes que Luis Jacquemin, que era ya contra-maestro de Clemente, hubiese salido del taller.

El reloj de San Eustaquio daba el cuarto para las diez.

M. José se acercó á un mozo que estaba hablando á la puerta de un despacho de vino con un castañero que era su compadre, le entregó el billete y le pagó una carrera de coche para que fuese mas pronto.

Tomando en seguida el brazo de madama Lamouroux: — Vamos, le dijo.

Ella obedeció sin la menor resistencia y sin preguntar siquiera á dónde iban. ¿Qué le importaba, con tal de que encontrasen á Chinela?

José torció á la derecha, hizo jugar el secreto de la cerradura de la puerta y se entró en la casa de la calle Rambuteau, que tenía el honor de albergar á los esposos Gosse.

Las ventanas del cuarto de estos estaban alumbradas, y la Bebella adorada estaba sin duda regalando su paladar con algunas gotitas de rosoli, mientras que el « horrible monstruo », muy lejos y á gran distancia de ella, se estaba abrasando el gáznate con su *grog* con pimienta.

La diferencia de gustos suele traer la desavenencia en los matrimonios: á « Bebella adorada » le gustaba « lo dulce »; al horrible monstruo « lo seco. » No era posible el entenderse.

Así es que ya no se entendían.

M. José no hizo gran caso de aquella luz que alumbraba melancólicamente las tristezas de la viudez anticipada de la « adorada Bebella », y subió las escaleras sin detenerse.

Madama Lamouroux lo iba siguiendo.

— Calla, calla, dijo José, ¿es que tendremos la buena suerte de haber conseguido nuestro objeto en seguida?

En el interior del cuarto de Chinela se oía un ronquido sonoro como el de un becerro.

M. José se acercó á la puerta y llamó.

Primero se oyó como un gruñido sordo, y luego una voz aguardentosa preguntó:

— ¿Quién está ahí?

M. José contestó cortesmente preguntando por el señor Chinela.

— Chinela... no conozco, replicó la voz brutalmente; largaos de ahí y dejadme en paz.

Chinela no vivía ya en la casa de la calle Rambuteau.

Después de una respuesta tan categórica, José abrió la puerta de su bohardilla, encendió una bugia é hizo entrar en ella á madama Lamouroux.

— ¿Estais bien decidida, Elena? le preguntó por última vez.

Elena inclinó la cabeza.

— Pues entonces, manos á la obra.

Y abrió el gran cofre que estaba á la cabecera de la cama.

Este baul-mundo era un verdadero almacén de trajes.

XIX

EXPEDICION NOCTURNA.

M. José sacó de aquel cofre las ropas necesarias para transformar á madama Lamouroux en mujer del pueblo bajo.

Un vestido ajado y arrugado, un chal remendado, botas desvencijadas.

Nada faltaba, ni aun las manchas de lodo y las cazcarrias al rededor de los ribetes del vestido y la guarnición de las enaguas.

Colocó estos andrajos sobre una silla, y saliéndose al corredor, la dijo:

— Poneos eso y despachaos.

Y ella obedeció sin decir una palabra.

Cuando estuvo vestida, dió unos golpecitos en la puerta y se salió, á su vez, á esperar en el descansillo de la escalera á que M. José cambiase igualmente de traje.

Este se puso una blusa manchada de pintura; por encima de la blusa un pantalon sucio de tela, y, sobre su cabellera rizada, se plantó, á lo calavera, una gorrilla de seda de color de naranja.

Después que acabó de vestirse hizo señas á Elena de que podía volver á entrar en el cuarto, y le dijo:

— Ahora, aguardemos.

Y para no perder el tiempo mientras tanto, cogió un puñado de polvo del pasillo de la escalera y frotó con él, para ensuciarlo, la parte de la ropa de madama Lamouroux que aparecía demasiado blanca, y con un pedazo de carbon le hizo y se hizo él mismo esos círculos negros debajo de los ojos que son las señales fijas é indelebles del vicio y de la vida desarreglada.

Después de hecha esta última operacion, el disfraz fué tan completo, que al verlos se hubiese creído tener delante de los ojos una de esas parejas sin nombre que se encuentran á la caída de la noche en las inmediaciones de fuera de puertas.

El hombre, joven, pero abrumado ya por el vicio precoz; la mujer, de mas edad, pero conservando todavía los restos marchitos de su hermosura pasada, asquerosa ahora, y tanto mas repugnante cuanto mas se conoce que ha sido bella.

Se miraban en silencio uno á otro, y ellos mismos no se conocían.

No tuvieron que esperar mucho tiempo.

Se oyeron pasos en la escalera, y á poco entró Luis Jacquemin.

Digno compañero de esta pareja repugnante.

Venia enteramente como el Luis Jacquemin de otros tiempos, antes de su rehabilitación.

— Abajo está Clemente, dijo, con el traje indicado.

— Bueno, respondió M. José levantándose.

Jacquemin reparó entonces en madama Lamouroux, y no pudo reprimir un gesto de sorpresa.

— Es menester que encontremos á Chinela esta misma noche, dijo M. José.

— En ese caso, respondió Luis, no tenemos mas que ir á la *Gota de oro*, allí es en donde él termina.

— Ea, pues vaya por la *Gota de oro*.

Y los tres bajaron la escalera.

Un coche, en cuyo pescante se hallaba Clemente, estaba aguardando á la puerta.

M. José y madama Lamouroux se colocaron en el interior, y Luis al lado del cochero.

Después, el alquilón echó á andar al trote corto.

Cuando llegó á la extremidad de la calle del Faubourg San Martín, el coche se paró, y saltando á tierra Jacquemin vino á abrir la portezuela.

— Vamos andando á pié; Clemente nos seguirá con el carruaje, para ayudarnos si fuese necesario. Nosotros andaremos á pié el camino que falta para que la señora aprenda un poco el modo de tenerse.

Echaron á andar agarrados los tres del brazo, llevando á madama Lamouroux en medio, y Jacquemin les hacía entretanto algunas observaciones en voz baja.

— Vos, señora, les decía, y sea dicho con perdon, os llamareis la Chifa: sois una ciudadana que tenéis *cum quibus* y que os gusta pagar á los amigos una francachela de vez en cuando. No hay que mostrarse muy generosa, eso haría entrar en sospechas.

Vos, M. José, sois un pintor de edificios, y ya se sabe que á estos les gusta remojar el gáznate: será preciso trincar, y de firme. Sereis mi amigo Augusto, alias el Angumosin. Es preciso dar á entender que habeis hecho el aprendizaje en una casa de corrección, eso agrada.

En cuanto á mí que os presento, mi nombre es bien conocido y hago gala de él, no necesito buscar otro, pero, es menester que vos lo sepais, me llaman en esta amable sociedad, de la que soy uno de sus mas bellos adornos, Luis, alias Tuerce-Tripas.

Con que así, cuidado con equivocarse, la Chifa, el Angumosin y Tuerce-Tripas. Ahora, adelante.

Se supone que hemos hecho ya una pequeña excursion por las *Delicias* y que hemos tenido un ratito de conversacion con el *perfecto amor*. — Vamos, la Chifa, un pequeño derrengamiento de caderas, y tú, Angumosin, algunos balanceos á derecha é izquierda: nada de embriaguez completa ni brutal, eso no engaña mas que á los zopos. En este país se desconfía de los hombres muy borrachos... Una buena chispa que no se apague durante una semana, el paso vacilante, una cara atontada, la mirada errante y el labio inferior algo caído, eso basta.

Y al dar estas lecciones prácticas, el amigo Tuerce-Tripas iba festejando él mismo alegremente la calle.